

español, es algo esencial, sobre accidentes de carácter geográfico y adjetivo. No puedo aceptar que, un cubano o un peruano, con próxima o remota ascendencia española, se considere algo contrario y distinto a un español racial. Es la sustancia española, precisamente, lo medular en su formación intelectual y afectiva. Y España está en el americano, contra su deseo y contra su voluntad, aun cuando trate de evadirse de su órbita por esa característica, tan acendradamente española, de insurgir contra España.

Hoy más que nunca, en esta encrucijada histórica, España debe ultraespañolizarse, cortar amarras con Europa. Quizás, y sin quizás, el origen de nuestra decadencia en el siglo XIX esté en ese deseo exasperado de europeizarse, que es, pura y simplemente, desespañolizarse. Y el desvío de América obedezca a que España, perdida en un tiempo la brújula de su fuerte y señera personalidad, se dedicó como un país más de la cuenca mediterránea a imitar lo centro-europeo, lo isleño británico, o a improvisar regímenes intolerantes en los que se escuchaba el paso isócrono de las legiones pretorianas.

España tiene el deber imperativo de desligarse de Europa, de iniciar una política centroeuropea y antieuropea. ¡Magnífico disolvente el del «europeísmo» con el que se trata de esterilizar toda la tradición mediterránea de los pueblos creadores de civilización y de cultura! Y que no se olvide que el «europeísmo» solo lo airean pueblos que carecen de las tradiciones del francés, del italiano y del español, y que, en la jerarquía de las naciones, carecen de la solera civilizadora de los países mediterráneos.

Europa se encuentra cada día más dividida. Se multiplican los motivos de enemistad y se exacerbaban los nacionalismos. Prácticamente, estamos ante un proceso de disgregación de todas las esencias civilizadoras. No sé, después de esta época, auténtica «kaliyuga», que quedará de lo europeo, fuera del solar. No creo que, nunca en la historia, se hayan conjuntado tantos factores premonitorios de ruinas y devastaciones, ni mayores transmigraciones de pueblos, ni hambres en una más vasta área geográfica. Aun cuando España sea hoy un islote de paz en este continente, me sobrecoge el temor del futuro, la amenaza de tantas fuerzas oscuras y subterráneas puestas hoy en juego en este predominio de la horda que va ganando capas sociales superiores y desbarbolando todas las defensas en una entrega cobarde y sin apelación.

América está todavía en una trayectoria ascendente, en período de formación, y tiene por delante el futuro. Europa tiene más pasado que futuro, y por ley biológica, cada día se irá reduciendo su esfera de influencia y su acción rectora y directiva. No sé hasta cuando el timón del mundo podrá mantenerse en nuestras manos. Pero lo indudable es que el europeo, colectiva e individualmente, siente fatiga, cansancio de siglos. Y que frente a Europa se alzan pueblos agresivos, con una alta demografía, con una fe inquebrantable en un ideal—cualquiera que sea—, mientras Europa se encuentra de vuelta de todas las experiencias y peripecias históricas, y un poco desconcertada ante la rebelión de pueblos y razas, que, hasta este momento

histórico, fueron pueblos de tercera categoría. Es Egipto, la India, Indochina, las comunidades árabes, tratando de imponer normas, de desvincularse de sus metrópolis. Y esta sorpresa está paralizando los músculos motores de Europa. Nos está faltando la confianza en nuestras fuerzas, y mientras los advenedizos ganan posiciones—al margen de convenciones y pactos que, para ellos, carecen de eficacia—los europeos discutimos bizantinamente cuestiones de tipo legalista, sin percatarnos de que el «hecho consumado», la fuerza, es la generadora del derecho.

Creo, por todo esto, que debemos revisar muchos conceptos en esta tremenda hora del mundo, y en especial de Europa. Pueblos jóvenes del hemisferio austral están imponiendo su impronta en el destino histórico. Y es el momento en que todos los motivos de disensión entre España y las naciones americanas, creadas por su «fiat» portentoso, deben desaparecer. España debe ser guía y ejemplario de la otra España americana. Y este papel solo puede asumirse volviendo a lo telúricamente español, a sus orígenes ibéricos, sesgando lo europeo, sin olvidar que en esta trayectoria—que la desvió de África—perdió su brújula y su hegemonía.

POMPEYO CRUZ

## A CERVANTES

I

¡Sin par ingenio de la raza hispana,  
creador del héroe de gentil bravura,  
encarnado en la más «TRISTE FIGURA»...  
discretísimo juicio en testa insana!  
A la luz de tu musa soberana,  
de La Mancha en la placida llanura,  
eterno IDEAL y PANZA, a la ventura,  
viviendo van una epopeya humana.  
¿Fue tu excelsa nobleza, buen QUIJANO,  
como efluvio divino desde el Cielo,  
la que puso un QUIJOTE en cada hispano...  
o fue CERVANTES, que forjó el modelo  
de noble caballero castellano  
con la propia hidalguía de nuestro suelo?

II

Por la Fe y por la Patria has combatido,  
perdiendo, gran CERVANTES, una mano...  
De la dura mazmorra del Pagano,  
la Fe, en pago, a su vez, te ha redimido.  
¡No así la Patria, que te echó en olvido...!  
¡DON QUIJOTE, furioso, clama en vano  
contra ese entuerto del hogar Hispano,  
que a penoso vivir te ha reducido!  
—Mas hoy MIGUEL, ¿no vate consolando  
que ambos mundos te rindan pleitesia,  
tu nombre y tu labor glorificando?...  
—¡Gentil gloria me dáis... Que por tardía  
ya, a mí, no me aprovecha; y voy pensando  
que más a vos ensalza, siendo mía!

E. CRESPO